

SERMONES

PREDICADOS

En la iglesia de señoras religiosas

DEL

CONVENTO DE JESUS MARÍA,

POR EL DÓCTOR

D. Lázaro de la Garza y Ballesteros.

El primero en 15 de Enero de 1833, siendo catedrático de cánones del Seminario Conciliar, y el segundo en 11 de Enero de 1852, siendo Arzobispo de México.



MEXICO.

IMPRESA DE LA VOZ DE LA RELIGION,
calle de S. Juan de Letran núm. 3.

1852.

A LAS SEÑORAS RELIGIOSAS

Del Convento de Jesus Maria de México,

SALUD.

Amadas mías:

Los dos sermones que siguen, y que os dedico, fueron predicados por mí en ese santo templo, con intervalo de diez y nueve años entre uno y otro: en el primero, como vereis, recomendé la doctrina de Jesucristo; en el segundo su obediencia; y ni aquella pudo ni puede variarse por el trascurso del tiempo, ni esta perder un ápice de la fuerza con que nos estrecha á la imitacion. En todo y por todo es Jesucristo el mismo hoy que ayer y el mismo por siempre.

Sed tambien vosotras, amadas mías, constantes en el propósito de vuestra vocacion, y recibid este pequeño obsequio en testimonio de la crecida voluntad con que os amo en Jesucristo, y con que os bendigo en su santo nombre.

México, Marzo 6 de 1852.

LAZARO,

Arzobispo de México.



SERMON 1º

PREDICADO EN 15 DE ENERO DE 1833.

~~~~~

*Stupebant omnes qui eum audiebant, super prudentia et responsis ejus. Lucæ, cap. 2, v. 47.*

Se pasmaban todos los que le oían, por su inteligencia y sus respuestas. *S. Lucas, cap. 2, v. 47.*

1. No hay relacion alguna de las que pueden ligar á un hombre con otro hombre, que no se halle en nosotros para con Jesucristo, ya sean de respeto y sumision, ya de amor y ternura, ya de confianza y amistad, ó ya de gratitud y reconocimiento. Jesucristo no solo es nuestro Dios y nuestro Soberano; es tambien nuestro Padre: porque como protestaba Isaías, Abraham no nos conoció, Israel no supo lo que somos; tú sí, Señor, eres nuestro Padre. Y si al vínculo dulcísimo que une y estrecha al padre

## — 6 —

para con su hijo, puede agregar algo el que une también y estrecha á un hijo para con su padre, bien sabéis, señores, que Jesucristo nos aseguró, que con el mismo amor con que un hijo ama á su madre, amaría él también al que oyese y cumplierse la palabra de Dios.

2. Por otra parte, Jesucristo, aunque siempre santísimo é inmaculado, en cuanto hombre trae su origen, bien que de un modo maravilloso, de Adán nuestro padre común; y no ciertamente, no se avergonzó de reconocernos por hermanos, ni de publicar que teníamos con él esta relación tan suave y tan estrecha: *Yo anunciaré*, decía á su Eterno Padre, *tu nombre á mis hermanos*. Y si aun esto os parece poco, ¡ah! ¿qué cosa hubo que nos ocultase Jesucristo? El esclavo, decía á sus discípulos, ignora lo que hace su señor; mas vosotros sois mis amigos, porque os he hecho conocer todas las cosas que he oído de mi Padre; y si no puede haber mayor caridad que el que el amigo ponga su alma por el amigo, aun este motivo de amor, de gratitud y de reconocimiento tenemos para con Jesucristo: él dió su vida por nuestra alma: él derramó su sangre por nosotros.

3. No es mi ánimo, señores, hablaros de estos y otros muchos títulos que nos unen con Jesucristo; uno solo basta para que se le rinda nuestro corazón. Jesucristo fué nuestro verdadero Maestro: él enseñó al mundo, y lo enseñó desde la edad en la que, en lo común, apenas es capaz el hombre de aprender: lo enseñó á presencia de los sábios, con asombro de éstos y con admiración de todos: *Stupebant omnes qui eum audiebant, super prudentia et responsis ejus*. Ved, pues, católicos, á lo que voy á reducir en este rato el elogio de Jesucristo: ojalá y que la gracia haga que por mi medio se excite en vosotros el

— 7 —

amor, la gratitud y reconocimiento que por este título le debeis.—AVE MARIA.

*Stupebant omnes, &c. Lucæ, capite et v. citat.*

*Se pasmaban todos, &c. S. Lucas en el lugar citado.*

4. Hubiera faltado mucho á la felicidad y reparacion del género humano, si Jesucristo solo hubiera sido víctima por nuestros pecados, y nuestro reconciliador para con el cielo, sin ser al mismo tiempo nuestro Maestro, nuestro Doctor y guia: en tal caso, quedarian, es verdad, borradas nuestras culpas, y satisfecha la deuda que por ellas teniamos, con el precio de su sangre: quedaria tambien santificada nuestra alma por sus méritos; pero hubiera quedado una misma la ignorancia, que á consecuencia del pecado, envolvió á todo el mundo, y el hombre expuesto como antes á mil errores y tropiezos, sin tener una luz fija que lo condujese y volviese al camino. El hombre no solo fué criado en santidad y en justicia, sino tambien desde el principio de su creacion, lleno de prudencia y sabiduría; y al caer de su primer estado, ya no tuvo que dejar á su posteridad sino la corrupcion, la flaqueza y la ceguedad del alma. Por esto, al mismo tiempo que en las antiguas profecías se anunciaba á Jesucristo como Salvador del mundo, se le anunciaba tambien como futuro Maestro y Doctor de los hombres. *Tus ojos*, se le decia á Israel por Isaías, *estarán viendo á tu preceptor: tus oidos escucharán sus palabras*; y por esto San Juan llama el Hijo de Dios hecho hombre, *la luz verdadera que ilumina á todo hombre que viene á este mundo*.

5. Yo jamas dejaré de admirarme, ni de penetrarme de un sumo respeto hácia Jesucristo, al considerar que la

primera lección que nos dió, fuese enteramente contraria y como el remedio de la que con su ejemplo nos dieron nuestros primeros padres en el paraíso al principio del mundo. Ellos fueron inobedientes á Dios, quebrantando el único precepto que les habia impuesto; Jesucristo en el templo nos enseñó, ante todas cosas, la obediencia. El Evangelio refiere muy circunstanciadamente cómo Jesucristo se hallaba á la edad de doce años en medio de los Doctores, cómo los oía y preguntaba, cómo se pasmaban cuantos le escuchaban de su inteligencia y de sus respuestas; pero calla absolutamente cuál fuese la materia en que Jesucristo manifestase tanta discreción y sabiduría. La obediencia fué lo único que consta nos enseñase en aquel entonces: *¿Ignorábais, decia, que me conviene estar y entender en los asuntos é intereses de mi Padre?* Jesucristo crecía en sabiduría, en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres; y no obstante, nos enseñó con su ejemplo que no hay título ó motivo para que faltemos á la obediencia. *Vino con sus padres á Nazaret, dice el Evangelio, y les estaba sujeto.*

6. ¿Y extrañareis, señores, las desgracias que unas tras otras nos afligen de continuo? ¿Extrañareis los trastornos frecuentes que experimentamos en la sociedad? ¿Extrañareis que haya tan poca piedad entre los fieles, ó tan poca perfección en los claustros? Nuestro orgullo repite y multiplica la inobediencia de nuestros primeros padres; y como un efecto necesario, se repiten también y se multiplican sus consecuencias. El hombre comenzó á ser desgraciado, imperfecto y corrompido, desde que comenzó á ser inobediente; y no, en verdad, jamás dejarán de acosarle esta clase de males, mientras que no siga un camino contrario, ó mientras que no imite la conducta de Jesucristo.

## — 9 —

7. Mil pretextos especiosos suelen alegarse para faltar á la obediencia; pero Jesucristo los reprueba y condena todos con su ejemplo. La edad, se dice, y aun lo leemos entre las máximas del mundo; la edad perfecciona las fuerzas naturales del hombre, lo hace capaz de sostenerse por sí solo, le quita los vínculos que lo unieron en sus primeros años, lo pone en cierta clase de independenciam de los demas, y lo hace dueño de sí mismo, de sus pensamientos y acciones; pero el Evangelio dice que Jesucristo crecía en edad, y estaba sujeto á sus padres: *Proficiebat ætate, et erat subditus illis.*

8. La ilustracion, la mayor capacidad del entendimiento, lo sublime del ingenio, quitan, tambien se discurre de este modo, quitan esa sujecion degradante á que no es decente esté ligado un hombre que por sus luces se ha hecho superior á los demas; pero Jesucristo nos enseñó lo contrario: crecía en sabiduría, sin faltar un ápice á la obediencia: *Proficiebat sapientia, et erat subditus illis.*

9. El prestigio, la estimacion pública, el buen nombre, y otras cualidades de esta naturaleza, dan, se dice en el mundo, dan cierto derecho para gobernarse uno por sí mismo, y si se ofrece, para disponer de la suerte y conducta de los otros: á lo menos, no puede negarse que en mil ocasiones nos valemos de este pretexto para faltar á nuestros deberes, y para levantarnos contra la obediencia; pero Jesucristo la guardó con toda exactitud, no obstante que la santidad y pureza de su vida, la modestia y suavidad de sus costumbres, su piedad y prudencia, y tantas virtudes que en el grado mas perfecto eran inseparables de su persona, lo hacían infinitamente amable ante Dios y ante los hombres: *Proficiebat gratia apud Deum et homines.*

## — 10 —

10. Enteramente conformes á esta práctica tan perfecta de la obediencia, enseñada por Jesucristo desde los primeros años de su vida, son las demas doctrinas y preceptos que nos dió; y no es posible que siguiéndolos, nos extraviemos del camino de la verdad. Yo apelo al Evangelio, á este libro sagrado, á esta herencia inestimable que de generacion en generacion ha venido desde los Apóstoles hasta nosotros, y que de nuestras manos pasará la misma hasta el fin de los siglos. ¡Cuánta pureza y santidad no reluce en sus máximas! ¡cuánta equidad y justicia en sus preceptos! ¡cuánta perfeccion en sus consejos! ¡cuán interesante es al corazon en cuanto enseña! El que lo siga, será buen ciudadano en el público, buen padre, buen hijo, y buen esposo en su familia, buen religioso en el retiro, y santo y perfecto en cualquier estado ó condicion que abrace; cuando por el contrario, nada bueno puede ser el que lo abandone ó quebrante. Al leerlo, cae uno en la misma admiracion que experimentaban los primeros que oyeron hablar á Jesucristo; y sin que sea uno libre para otra cosa, dice lo que contestaban á la Sinagoga los ministros que en cierta ocasion habian sido enviados para prender á Jesucristo: *Numquam sic locutus est homo.* No hemos cumplido, les decian, con vuestro mandato, porque hemos oido hablar á Jesus, y porque lo hemos visto enseñar al mundo de una manera tan maravillosa, que jamas los hombres se han explicado de un modo semejante: *Numquam sic locutus est homo.*

11. No busqueis, sin embargo, en el Evangelio ni en la doctrina de Jesucristo, esa elocuencia artificiosa, que no tiene otro efecto que envanecer á sus autores, y divertir y alucinar á los que la atienden: tampoco busqueis esa diversidad de materias y asuntos, que no hacen ni mejor ni

mas feliz al hombre; en lugar de uno y otro, hallareis en el Evangelio el lenguaje sencillo de la verdad, la ciencia del corazón y los intereses del alma.

12. El hombre cayó de su primera felicidad, porque quiso saberlo todo: *Sereis como dioses*, les decia la serpiente, *sabedores del bien y del mal*. Con esta vana y mentida esperanza, los indujo á ser infieles á Dios; y nosotros caemos frecuentemente en la misma desgracia, por un motivo y con una esperanza semejante. En esa multitud de libros que á perjuicio nuestro se ha extendido entre nosotros, se nos da á cada paso y cada instante el mismo veneno que hallaron nuestros primeros padres en el fruto vedado: corrupcion é ignorancia.

13. ¿De dónde, si no, proviene el olvido en que vivimos de Dios y aun de nosotros mismos? ¿De dónde el abandono de nuestros deberes, los mas santos y sagrados? ¿De dónde el enfado con que oimos las cosas de la Religion? ¿De dónde. . . . ¡Ah! no deseo ser molesto á ninguno; pero no puedo omitir lo que el Apóstol San Pablo decia de los sábios del siglo: *Se desvanecieron en sus pensamientos, y se oscureció su corazón insensato: porque teniéndose ellos por sábios, se hicieron necios; y por cuanto no dieron pruebas de que conociesen á Dios, Dios los entregó á los deseos de su corazón, á la inmundicia, á pasiones vergonzosas, y á un réprobo sentido, para que hiciesen cosas que no conviene.*

14. Así es, señores, que huyendo del camino de la verdad ó de Jesucristo, que es la verdad misma, y prescindiendo de su doctrina, no se nos presentan sino luces falsas que nos dirijan: en nuestros discursos delira nuestra ignorancia; y para colmo de nuestro infortunio, erróneamente persuadidos del acierto, insistimos en nuestras ideas, sin embargo de que los resultados no correspondan

## — 12 —

á nuestras esperanzas. Jamas se ha escrito tanto sobre la dignidad del hombre, sobre sus derechos é intereses, como en nuestros tiempos; y jamas el hombre se ha apartado tanto de su felicidad, ni jamas se ha prostituido ni envilecido en tanto grado ni con tanta frecuencia.

15. Es preciso convencernos: la esencia del hombre es constantemente la misma: sus oficios y relaciones, no pueden variarse segun nuestros deseos; y aun sus mismas inclinaciones buenas ó malas, aunque puedan manifestarse hoi de un modo distinto que ayer, ó dirigirse á distintos objetos, sustancialmente ni son ni pueden ser diversas; y ved lo que hace mas recomendable la doctrina de Jesucristo. El Evangelio es la ciencia de todos los tiempos: sus máximas no dependen del espíritu del siglo; y así como no hay circunstancias en que cesen los deberes que el hombre tiene para con Dios, para consigo mismo ó para con sus semejantes, así tampoco las hay en que podamos prescindir del Evangelio, ó en que por él no podamos ser dirigidos para el cumplimiento de las obligaciones que nos ligan.

16. Mejor que nosotros previó Jesucristo y conoció las circunstancias todas en que se hallarán los hombres hasta el fin de los tiempos; y no, ciertamente, no dejó ocurrencia alguna de cuantas pueden sobrevenirnos, que no comprendiese en la doctrina que nos dió.

17. Su humanidad santísima, por la union inefable á la divinidad, fué llena de toda sabiduría en todo tiempo: desde el principio conoció á todos y á cada uno de los hombres: vió sus acciones, leyó sus pensamientos, escudriñó los secretos mas ocultos de su corazon; y ni hubo ni pudo haber en ellos cosa alguna, que no la supiese y tuviese presente. Si, como dice el Evangelio, crecia en

— 13 —

sabiduría, este aumento no fué otra cosa que una manifestacion exterior de lo mismo que supo desde el primer instante de su encarnacion: si oía, si preguntaba, era advirtiendo y enseñando con sus preguntas. Los hombres no pudieron dar á Jesucristo, aun en los dias de su amable niñez, una sola idea, un solo conocimiento, una sola nocion que lo instruyese; porque desde el principio fué lleno de sabiduría; y todo el mundo junto, toda su ilustracion y saber, jamas podrá agregar un solo ápice de perfeccion al Evangelio, ó señalarle un hueco ó falta, porque no la tiene.

18. Sí, señores: usaré, para concluir, de las mismas palabras de Jesucristo á sus Apóstoles: *Unus Magister vester est Christus*: no teneis otro Maestro que Jesucristo: su conducta, los ejemplos que os dió, sus acciones, deben ser la norma de las vuestras: su doctrina y Evangelio, son preferibles á toda otra doctrina: el cielo os lo anunció como vuestro futuro Maestro; y es el único Doctor y guia que os dió: en sus máximas no hallareis vanas apariencias de verdad, sino la verdad misma: sus palabras, son palabras de vida: el corazon hallará en ellas toda la paz y tranquilidad de que es capaz en este mundo, hallará sus verdaderos intereses, y un consuelo y esperanza cierta de la felicidad eterna para que fuísteis criados y os deseo. Amen.

---



## SERMON 2º

PREDICADO EN 11 DE ENERO DE 1852.

~~~~~

¿Nesciebatis quia in his quæ Patris mei sunt, oportet me esse? Lucæ, cap. 2, v. 49.

¿No sabíais que en las cosas que son de mi Padre, me conviene estar? Palabras de Jesucristo segun San Lucas, cap. 2, v. 49.

1. Que María Santísima amase á Jesucristo, ¿quién podrá negarlo? Y cuánto fuese lo que lo amase, ¿quién podrá concebirlo? En Jesucristo, en ese tierno niño del Evangelio de hoy, que con sus preguntas á los sábios, y con las respuestas que daba á las que le hacian, admiraba á todos, veia y reconocia á su Dios y á su Criador, á su Conservador y al que la habia elevado á tan sublime dignidad, que ni tuvo antes criatura alguna, ni fué posible que despues la tuviese otra, mayor, ni aun igual.

— 16 —

2. Veia asimismo en Jesucristo á su hijo, no solo único, y al que ella de sola su sangre habia dado el cuerpo que tenia, sino al mas hermoso y amable entre los hijos de los hombres y escogido entre millares.

3. No dice el Evangelio que Jesucristo antes de cumplir los doce años de su edad, se hubiese en algun tiempo separado de la presencia de su Madre Santísima; y cuando ésta lo llega á ver por primera vez apartado de sí por tres dias continuos, ¿quién podrá comprender la aflixion y congojas de su alma? ¡Ah! con mayor razon que la Esposa de los Cantares, diria y repetiria las quejas de ésta á su Esposo: *Indica mihi, quem diligit anima mea, ubi pascas, ubi cubes in meridie*: Dime, amado de mi alma, en dónde pastas, en dónde reposas en la mitad y rigor del dia.

4. Pues si alguno hay que corresponda bien al amor con el amor, es Jesucristo, que lo pagó siempre, y lo paga con usura; y su respuesta á su amantísima Madre, cuando ésta le manifiesta la amargura de su corazon durante los tres dias que no lo tuvo á la vista, me da idea de la del Esposo de los Cantares á su Esposa quejosa de su ausencia: *Si ignoras te, ó pulcherrima mulierum*: Tú misma has de conocerte, ó la mas hermosa entre las mugeres, y has de conocer tambien que tú eres el lugar de mis pastos y el lugar de mi reposo.

5. Aun mas que á todas las criaturas juntas amó Jesucristo á su Madre Purísima, así como ella lo amó mil veces mas que aun aquellos dichosísimos espíritus, á los que el mismo Dios crió para que con mas inmediacion á su grandeza se ocupasen en amarlo; y por esto no pudo ser, que cuando María refiere á Jesucristo con cuánto dolor lo habia buscado, y se queja con la ternura de madre:

Fili ¿cur fecisti nobis sic? ¿Por qué, Hijo, lo has hecho así con nosotros? no pudo ser, digo, que la respuesta de Jesucristo no estuviese también llena de amor y de ternura. ¿Por qué me buscábais? ¿por qué os afligíais? ¿No sabíais que en las cosas que son de mi Padre me conviene estar?

6. Jesucristo en esta vez se porta con su Madre Santísima de una manera semejante que se portaba el Esposo de los Cantares con su Esposa para consolarla: *si ignoras te: en tí misma has de hallar tu consuelo: concómete y verás en tí cómo te amo*, decía el Esposo á su Esposa: así también Jesucristo llamaba la atención de su Madre Santísima á sí misma, y á lo que pasaba por su corazón: conoce en tí, la decía, la voluntad de mi Padre á quien tanto amas, y quien tanto te ama, y en ella hallarás la causa de mi ausencia: *¿Nesciebatis quia in his quae Patris mei sunt, oportet me esse?* El haber sido así la voluntad del Padre, fué y debió ser el consuelo de María; porque en cumplimiento de esta misma voluntad había sido la ausencia de Jesucristo: á las quejas de María, pudo Jesucristo haber dado otras respuestas nacidas de su amor; no cabe duda; pero quiso enseñarnos con sus obras y con sus palabras, que la voluntad de su Padre fué su querer, su amor y sus deseos, y el cumplimiento de esta misma voluntad, toda su ocupación durante su vida.

7. Niño hermoso y santísimo, hijo de la Virgen é hijo eterno del Eterno, mi corazón desea que todos te conozcan y te amen: también es esta voluntad de tu Padre; porque voluntad suya es que todos logremos la vida eterna que por tí nos vino, y esta vida consiste en conocerlo á él y en conocerle á tí, que eres el Cristo que nos envió: dime, pues, lo que haya yo de decir de tí, y sea intercesora tu Madre Santísima, para que así lo hagas:—AVE MARIA.

¿Nesciebatis, &c. Luc. cap. et v. citatis.

¿No sabíais, &c. San Lucas en el lugar citado.

8. Yo no he creído saber algo entre vosotros, escribía San Pablo á los de Conrinto, si no es á Jesucristo y este crucificado; porque en verdad, agregaba despues á los de Filipos, todo lo tengo por pérdida, por el eminente conocimiento de Jesucristo mi Señor, por el cual todo lo he perdido y lo tengo como basura, con tal que gane á Cristo. Este eminente conocimiento de que habla el Apóstol, no es otra cosa que la fé y doctrina del Evangelio; esta misma fé y doctrina que todos profesamos, tan noble y excelente en sí, que todas las cosas que mas se aprecian en el mundo, como riquezas, delicias, gloria, favores, la sabiduría misma, la elocuencia, todo sin excepcion alguna, todo es basura y escoria despreciable en comparacion del conocimiento de Jesucristo: de manera, que seria una gran pérdida, si por tener todas las demas cosas juntas, perdiésemos este conocimiento; y seria una ganancia incalculable, si por tenerlo, perdiésemos todo lo demas.

9. El temor santo de Dios y la obediencia de sus preceptos, constituye el ser moral del hombre; de modo, que si se nos preguntase quién es el hombre en el órden moral, deberiamos decir: el que teme á Dios y guarda su ley: *Deum time et mandata ejus observa: hoc est enim omnis homo;* pues así tambien, si se me pregunta quién es Jesucristo, diré con absoluta seguridad: el que mejor conoció, el que mas amó y el que cumplió mejor la voluntad de su Padre: esto es Jesucristo, esto fué durante su vida mortal, y esto mismo fué desde el primer instante de su encarnacion en el vientre de María.

10. Desde entonces supo con absoluta perfecciou cuál

— 19 —

era la voluntad de su Padre: conoció desde entonces todos y cada uno de los actos de su vida en que cumpliría esta misma voluntad: libremente los aceptó todos y cada uno; y tan obediente fué desde entonces, como lo fué despues que los habia cumplido y ejecutado todos. La primera palabra suya al entrar al mundo, fué, en expresion de San Pablo, la manifestacion de su obediencia al Padre: Aquí estoy, dijo: *Ecce venio*: De mí está escrito en el encabezamiento del libro, que yo haria tu voluntad, Dios mio: lo quiero así, y tu ley tengo en medio de mi corazon: esto dijo al principio de su vida, luego que entró al mundo, *ingrediens mundum*; y su última palabra al salir de él, fué de que habia dado todo el lleno á cuanto de órden de su Padre estaba escrito en todo el libro, en las divinas Escrituras, porque al principio de ellas, *in capite libri*, estaba escrito que venia para cumplirlas en un todo.

11. Entre lo que dijo al comenzar su vida y al fin de ella, no hubo otra diferencia, que la que hay entre el acto interno de la voluntad que sériamente quiere hacer una cosa, y entre su ejecucion y cumplimiento; y aunque fueron distintos los actos externos de su vida, y unos mas notables, mas excelentes y mas perfectos que otros, no hubo uno siquiera que no dimanara de aquella su primera obediencia, ni que pudiera darla mayor perfeccion que la que entonces tuvo. Quiso acomodarse á nuestra naturaleza, que no nos permite desenrollar las potencias del alma sino á proporcion que crece y se aumenta la edad; mas así como la luz del sol es en sí constantemente la misma, sin embargo de que respecto de nosotros luce de distinto modo en las diversas partes del dia; así tambien la obediencia de Jesucristo en los diversos actos de su vida, fué la misma que al principio de ella, en que los conoció y los

quiso todos, y en que tambien el Padre vió y aceptó esta misma obediencia y sujecion.

12. Por esto desde entonces mereció Jesucristo cuanto pudo merecer, y por esto no fué posible que su obediencia fuese distinta que al principio, ó que se aumentase con los actos externos, cuyo precio y valor no les viene sino de la obediencia, que es el origen y fundamento del mérito, y la acreedora al premio.

13. Nunca llegó Abraham á sacrificar á su hijo Isaac, como se le habia mandado por el cielo, porque el cielo mismo se lo impidió en el momento en que iba á ejecutar el sacrificio; pero habiendo sido sincera y determinada su voluntad, y pronta y cabal su obediencia, el cielo reputó como hecho el sacrificio, y lo premió como lo hubiera premiado si de hecho y en la realidad hubiera sido inmolado Isaac. Yo te bendeciré, dijo el Señor á Abraham, por cuanto que hiciste esta accion, y no perdonaste á tu hijo por consideracion á mí: *Quia fecisti hanc rem, benedicam tibi.* El acto externo del sacrificio hubiera quitado la vida á Isaac, y hubiera manifestado la disposicion interior de Abraham; pero no hubiera aumentado ni la determinacion de su voluntad, ni su obediencia, ni su mérito.

14. No obstante, absolutamente hablando, pudo ser mayor la voluntad con que Abraham se determinase al sacrificio de su hijo: pudo ser mas perfecta su obediencia, mayor su mérito, y mas grande el premio que recibiese del cielo. En Jesucristo, las cosas pasaron de otra manera: la voluntad con que se sujetó á la voluntad de su Padre, no pudo ser mayor ni mas santa que lo que fué al principio de su vida: tampoco pudo merecer ya mas de lo que entonces mereció; y no se omitió por otra parte como en Isaac, el acto externo del sacrificio.

— 21 —

15. A la primera obediencia de Jesucristo, se siguió esa pobreza extremada á que se redujo en toda su vida: se siguieron las humillaciones y padecimientos que conoció y aceptó desde el principio: nada en lo absoluto de cuanto al entrar al mundo conoció y quiso, dejó de cumplirse: nada le ocurrió que no hubiera previsto; y lo que es mas digno de nuestra consideracion, señores, nada dejó de tenerse presente ni de quererse en momento alguno. El primer instante de la vida de Jesucristo, fué tambien el primero en que conoció todos los actos de su vida, en que los aceptó y quiso; y aquel su primer conocimiento, aquella su aceptacion y obediencia, se continuaron los mismos en todo tiempo.

16. ¿Veis, señores, á ese niño que pregunta, como pregunta quien desea aprender, y que responde como quien da cuenta de lo que sabe? ¿Veis á ese niño que causa asombro y pasmo á cuantos lo oyen? Pues reflexionad, os ruego, sobre los sentimientos de su alma: preguntadle sobre las disposiciones que actualmente lo animan; y si quereis oirlo, él os dirá que su rostro, ese rostro que es la alegría de los ángeles, se presentará algun tiempo con firmeza para ser afeado con salivas, y para recibir cuantos golpes quiera darle la crueldad: que su cabeza, que no abrigó jamas sino pensamientos de paz, será traspasada con espinas sin resistencia alguna por su parte: que su cuerpo está dispuesto á ser destrozado con azotes: que en sus piés, nunca movidos sino para obrar el bien, está determinado el lugar por donde atravesarán los clavos: que espontáneamente y de grado, abrirá sus brazos y extenderá sus manos para que se fijen en la cruz: que él mismo presentará libre y descubierto su pecho para que lo rasguen con facilidad: que su corazon tiene ya contadas

las gotas de su sangre, y que no quedará una que no se derrame en nuestro bien: que al asombro y aplausos por sus obras y por sus palabras, se seguirán el oprobio, la confusion y vergüenza: que á esto y á mucho mas está y estuvo dispuesto desde el principio de su vida, porque así es y así fué la voluntad de su Padre; y á cuantas preguntas querais hacerle, no os dará otra respuesta: *¿Nesciebatis quia in his quae Patris mei sunt oportet me esse?*

17. Aun no he dicho, señores, cuán admirable sea la obediencia de Jesucristo; porque en su persona se cumplieron cosas que jamas pasaron ni pasarán por otro alguno; y para explicar mejor lo que en esto entiendo, quiero preguntar otra vez: ¿qué cosa es el hombre, y quién es Jesucristo?

18. El hombre, por lo que es en sí y tiene por sí mismo, no exige sino una sola palabra para que se sepa plenamente lo que es: *nada*. Por mas que nos cieguen nuestras fantasías, si al hombre se quita lo que de Dios recibió, no es ni vale lo que un simple suspiro, ni lo que es ó vale un latido de su corazon ó un ligero abrir y cerrar de sus ojos: no es ni lo que el dia que ya pasó, y ni aun el rastro que deja una sombra. Todo esto, ó se percibe de alguna manera, ó por lo menos se sabe el tiempo que duró, ó el lugar donde estuvo; mas el hombre no tiene por sí ni ligeros indicios de su existencia, y ni aun de que pudiera existir, ni lugar que ocupar, ni duracion que pudiera tener. Esto es el hombre por sí y en sí mismo; y si en seguida traemos á la memoria que Jesucristo es el Hijo de Dios hecho hombre, comprenderemos muy bien lo que dice San Pablo, de que el Hijo de Dios se anonadó haciéndose hombre.

19. Es verdad que la obediencia que presta el hombre

á Dios, no es ni se cumple en lo que el hombre tiene de sí mismo ni en lo que es por sí solo, porque no hay cosa alguna que pueda existir ni cumplirse en la nada; y si el hombre tuviera algo de sí propio sin dependencia de Dios, en esto que así tuviera no debería obediencia alguna; mas no teniendo nada de real y positivo que no haya recibido, es claro que todo el hombre se debe á Dios como á su Criador, como á su Señor y á su Padre.

20. Así es, que el hombre debe obedecer á Dios en la misma naturaleza que de Dios recibió; y cuando decimos que el Hijo de Dios se hizo hombre, confesamos con esto que en esta misma naturaleza debe obediencia á Dios su Padre; mas si comparamos el valor que el hombre puede por sí dar á su obediencia con el que Jesucristo dió á la suya, ¿quién podrá comprender la distancia inmensa que média entre una y otra?

21. Que obedezca el hombre cuanto pueda ó cuanto se quiera, no hará sino lo que debe; mas no podrá dar por sí mismo otro valor á su obediencia, que lo que vale su nada, único caudal que tiene de sí propio; y aunque la obediencia de Jesucristo es y se cumple únicamente en la naturaleza humana, no es simplemente obediencia de hombre la suya, sino de hombre que al mismo tiempo es Dios. Ningun valor, pues, tiene la obediencia del hombre si lo ha de sacar de su propio caudal; todo valor tiene la obediencia de Jesucristo, porque estando unida á su divina persona la naturaleza humana, tienen los actos de esta en virtud de esta union, un valor y dignidad infinita. En suma, la obediencia del hombre, es obediencia del que por sí es nada; la obediencia de Jesucristo es obediencia del que desde la eternidad es Dios.

22. No es esto lo que yo decia que hace admirable

la obediencia de Jesucristo, porque nada admirable es que siendo en cuanto Dios infinitamente perfecto, diese á la naturaleza humana, unida á su persona, una dignidad incomprendible; mas sobrepuja á cuanto puede alcanzar la razon natural, y fué preciso que la fé nos enseñara, cómo Jesucristo que en cuanto Dios es igual al Padre, y en cuanto hombre superior á toda criatura, pudiera obedecer y estar sujeto no solo á Dios su Padre, sino aun á aquellos á quienes tambien en cuanto hombre domina como Señor y dueño. Sin duda que para el entendimiento humano es esto un misterio que jamas penetraria por sí solo, y que aun ilustrado por la fé, no podrá dar razon de él, sino ocurriendo á las palabras de Jesucristo: *Ita Pater, quoniam sic fuit placitum ante te*: Así lo he querido, así lo he hecho, ó Padre, porque así fué de tu agrado, decia Jesucristo en el tiempo de su predicacion, que es lo mismo que con otras palabras habia ya dicho en el tiempo de su niñez: *¿Nesciebatis, quia in his quae Patris mei sunt, oportet me esse?*

23. Permitidme, señores, que por último vuelva á preguntar ¿qué cosa es el hombre, y quién es Jesucristo? para que el conocimiento y comparacion de uno y otro, me facilite la manifestacion de lo que aun me resta que decir. No hablo del hombre en el estado felicísimo en que Dios lo crió, y en el que su obediencia iba marcada con la pureza y santidad que recibió entonces: hablo del hombre en el estado á que él se redujo por su culpa, y en el que sus acciones, como nacidas de un corazon corrompido, fueron ya absolutamente indignas de presentarse ante la magestad de Dios.

24. No fué ya despues de la culpa la obediencia del hombre, ni la de un buen hijo que cumple los preceptos

de su padre, ni la de un siervo dócil que sigue la voz de su Señor: fué la obediencia forzada que apenas arrancan de un reo los castigos, semejante, en expresion de Jeremías, á la resistencia obstinada que presenta al yugo un novillo no domado: *quasi juvenculus indomitus*.

25. En todo estado, ya en el de la naturaleza pura é inocente, ya en el de la naturaleza caída y corrompida, no tuvo Dios otras miras sobre el hombre, que su dicha y felicidad eterna: perdió el hombre, porque así lo quiso, el derecho á tanto bien; y aun despues de que se le facilitó el medio para recobrarlo por Jesucristo, y de que sabe que sin la obediencia jamas llegará á poseerlo, ¿cuántas dificultades no presenta para obedecer? Sin la obediencia no se salvará, y no obstante huye de ella, como si ó hubiera prescindido enteramente de su bien, ó como si hubiera otro camino para la felicidad. No lo hay, y esto es lo que no comprende nuestra miseria.

26. El hombre camina sin saber el término á que lo llevarán sus pasos, y sin saber si su obediencia, aun caso que la preste, será digna ó no del premio: lo que sabe el hombre con toda certidumbre, es que el primer instante de su vida lo fué tambien de la desgracia que á todos trajo el pecado de origen. Ved, pues, señores, lo que es el hombre despues de la culpa: un infeliz que se labró á sí mismo su desdicha, incapaz por sí de salir de ella, y aun de tener por sí una pronta voluntad para permitir que otro lo saque. La obediencia, pues no hay otro medio de salvacion, le fué necesaria, y al mismo tiempo es lo que mas resiste.

27. Tal parece que el hombre ó nada percibe de la realidad de las cosas, ó que intenta que todas anden trastornadas y de manera distinta de la que debian andar; nin-

guno mas feliz en todo tiempo que Jesucristo; y ninguno mas obediente que Jesucristo: su obediencia comenzó con su vida, y entonces mismo comenzó para él en cuanto hombre, la felicidad eterna que siempre tuvo como Dios. Desde que entró al mundo reunió á la felicidad que nunca pudo faltarle, la obediencia que hizo su ocupacion durante su vida; ó por explicarme de otra manera, reunió cosas que en ningun otro pudieron reunirse sino en Jesucristo.

28. “Dos especies de vida reconoce la Iglesia, aleccionada del cielo, decia San Agustin: la una que camina por medio de la fé; la otra que ve y percibe con la clara vision de Dios: la una en el tiempo de la peregrinacion; la otra en la eternidad de la mansion: la una en el trabajo; la otra en el descanso: la una en el camino; la otra en la patria: la una en la obra y fatiga de la accion; la otra en el premio y dulzuras de la contemplacion: la una lucha con el enemigo para triunfar; la otra reina sin enemigo que vencer: la una buena, pero miserable todavía; la otra mejor y bienaventurada sin término.”

29. No hubo ni pudo haber pecado alguno en Jesucristo, y ni aun la mas ligera imperfeccion: quitado esto, reunió á un tiempo en su humanidad santísima lo mas noble y excelente de la gloria, con lo mas triste y penoso de la tierra: lleno de santidad y sabiduría, de gracia y verdad desde el principio de su vida, sujetó desde entonces á su cuerpo santísimo á las fatigas y congojas de nuestra naturaleza, al dolor, al tormento y á la muerte: plenamente bienaventurado en todo tiempo, quiso, no obstante, que su alma santísima padeciese angustias, dolores y tristezas: poseedor de la gloria aun mas que los ángeles, quiso ser peregrino y sabedor de trabajos entre los hombres: lo uno, por la union inefable de la naturaleza humana á la divina

— 27 —

en su persona; y lo otro, para bien nuestro y porque así fué la voluntad de su Padre.

30. Fijemos la atencion, señores, en lo que Jesucristo quiso que la fijásemos, y sacaremos el provecho que él se propuso. Desde el principio de su vida hasta el tiempo de su predicacion, no se refieren en el Evangelio otras palabras suyas, sino las en que manifestó su obediencia: ¿será esto sin misterio? No se dice ni cuáles eran las preguntas que hacia á los sábios, ni cuáles eran las respuestas que daba; lo único que nos consta haber dicho en los primeros treinta años de su vida, fué, que le era preciso obedecer á su Padre; y de las virtudes heróicas que sin duda practicó en tan crecido tiempo, no se hace mencion sino de su obediencia. Esto fué lo primero que nos enseñó con sus obras y con sus palabras, y ya os he dicho, señores, cuán pronta, cuán voluntaria y cuán constante fué la obediencia que practicó siempre: ¿necesita de otra leccion y ejemplo para fijarse la nuestra, que es tan veleidosa? Os he dicho tambien de cuánto mérito y valor fué la obediencia de Jesucristo: ¿qué otro auxilio mayor, ni qué otro arrimo podria tener la nuestra para ser aceptable al cielo? Os he dicho por último, cómo la obediencia de Jesucristo, penosa y acompañada de trabajos durante su vida, estuvo siempre en segura posesion de la gloria: ¿qué otro estímulo podrá mas fuertemente movernos y excitarnos á la obediencia?

31. Para todos es el ejemplo de la obediencia de Jesucristo, para todos es el auxilio, y para todos el estímulo, porque todos somos llamados á obedecer; mas á vosotras, hijas mias, toca principalmente cuanto he dicho de la obediencia de vuestro Esposo Jesucristo. Bien sea que por amor á la pobreza, á la que él antes que vosotras se re-

— 28 —

dujo, hayais dejado todos los bienes de la tierra: heróico fué, no lo niego, vuestro desprendimiento; pero al fin dejásteis bienes, que os quitaría la muerte: bien sea que por amor á la pureza hayais renunciado los placeres aun lícitos de la carne, y que hayais asimismo imitando la santidad y pureza de vuestro esposo, abrazado la mortificacion que él practicó en su cuerpo purísimo: mas esta misma carne que habeis sacrificado, la consumirá alguna vez el sepulcro: lo que no ciertamente, ni el sepulcro ni la muerte podrán destruir ni quitaros, es la obediencia y la abnegacion de vuestra voluntad: este sacrificio fué el mas noble y el mas excelente que hicísteis, y el que os hizo asemejaros mas á Jesucristo: en él le dísteis prendas duraderas de vuestro amor, y él unió su obediencia á la vuestra, para que tuviéseis una ofrenda agradable que presentar al cielo. No os olvideis, amadas mias, de los dias de vuestro primer fervor, ni de cómo entonces la obediencia hizo las delicias de vuestra alma: estas delicias fueron la primera recompensa que recibísteis de vuestro Esposo, y, bien lo sabeis, en vuestra obediencia quiso daros y os dió otra prenda mas grande de su amor; la seguridad de la dicha eterna que os espera y que deseo á todos. Así sea.

